

»También, por resistir á ciertas demandas de *utraque specie* y semejantes que se hacían de parte de algunos príncipes, se ha venido á perder mucho con ellos del favor y ayuda que antes daban; pero más se estima el hacer la voluntad de Dios nuestro Señor, que todo el resto. Esto sea dicho por satisfacer á lo que algunos prelados han dicho por esas partes, aunque bien sabemos que otros de los mismos prelados de España sienten y hablan de otra manera, los cuales creo han conocido mejor el modo de proceder de la Compañía» (1).

6. Estas tribulaciones, aunque sensibles, tocaban un poco de lejos á nuestro P. General. Más trabajo le dieron las que se levantaron en Roma luego que volvió del concilio. Había visitado de paso los colegios del Norte de Italia, y entró en Roma á mediados de Febrero de 1564. Apenas había descansado de las fatigas del viaje, cuando le sobrevino el siguiente delicadísimo negocio. Desde algunos meses antes, cuando en el concilio se determinó que los obispos abriesen seminarios para formar á los jóvenes que aspirasen al sacerdocio, había brotado en varios prelados la idea de encomendar á la Compañía la dirección de estos seminarios. El crédito que los Nuestrs habían alcanzado en la enseñanza de la juventud, y el ejemplo del colegio germánico instituído en Roma por San Ignacio, parecía apoyar este pensamiento. No faltó quien, desde luego, sugirió al Papa la idea de poner en manos de la Compañía el que se hubiera de abrir en Roma.

Pareció bien á Pío IV este pensamiento, y desde luego se empezaron á echar algunas trazas para realizarlo. Cuando, terminado el concilio, se trató en Roma de urgir su ejecución, reunió el Papa una congregación de diez Cardenales y varios otros prelados, para que dispusiesen la forma de establecer el seminario. Todos ellos convinieron unánimemente en que se debía poner bajo la dirección de la Compañía. Por el mes de Abril de 1564, el Cardenal Savelli, en nombre de aquella congregación, requirió al P. Laínez que aceptase aquella carga. Nuestro Padre hubo de aceptar el peso que le imponía una congregación de diez Cardenales (2). Tratóse luego de ver cómo se proveería al sustento de los maestros, y ya aquí no hubo tanta unanimidad de opiniones. No faltaban algunos que no querían tratar de esto, dejando que los jesuítas se arreglasen como les pareciese. No sin gracia comunicaba esta noticia Laínez al P. Miguel de To-

(1) *Regest. Laínez, Hisp.*, 1559-1564, f. 405.

(2) *Ibid.*, f. 384. A los Provinciales de España. Roma, 25 de Abril de 1564.

rres: «Sin haberlo pedido ni procurado, el Papa nos ha dado el peso del seminario de Roma..... Entendemos que nos darán los huesos sin la carne, porque no peligremos de morir ahitos» (1).

Terrible oposición levantó el clero de Roma contra este pensamiento. Algunos Cardenales, los cabildos de San Pedro, de San Juan de Letrán y de Santa María la Mayor, á los cuales se unieron casi todas las parroquias de la ciudad, protestaron contra este designio. Exacerbáronse los ánimos al ver que algunos Cardenales encomendaron á los Nuestrs el examinar á los clérigos de sus iglesias. Con esto se imaginaron muchos que todo el clero de Roma iba á estar sujeto á los jesuítas (2), y ya supondrá el lector las murmuraciones que se desatarían en toda la ciudad contra la Compañía.

7. Con esta tribulación se dió la mano otra que hirió tal vez más en lo vivo á los Nuestrs, porque les enajenó el ánimo del Sumo Pontífice Pío IV. Su sobrino el célebre San Carlos Borromeo, habiendo hecho los Ejercicios bajo la dirección del P. Juan de Ribera, se había dado á la práctica de la virtud con un heroísmo que asombraba. Retiróse mucho del trato de gentes para atender cuanto pudiese á la oración y al estudio; hacía larguísimas limosnas, y trató de reformar su mesa y su casa, cercenando cuidadosamente todo lujo y gasto excesivo. Muchos cortesanos á quienes ofendía tanta virtud y recogimiento en un joven de veintiséis años, quebraron su furia en los jesuítas, acusándolos de que habían vuelto melancólico y loco al Cardenal. Difundiéronse por la ciudad rumores absurdos, y hasta se llegó á decir que los jesuítas, con achaque de devoción y piedad, persuadían al Cardenal Borromeo á entrar en la Compañía y entregar á ésta las cuantiosas riquezas que poseía. Llegaron estos rumores á oídos de Pío IV, y por el pronto parece que los creyó. Tenía este Papa la debilidad de dejarse llevar por la cólera. Cuando oyó las voces que corrían, se indignó terriblemente contra el P. Laínez y contra los Nuestrs, y profirió algunas palabras que, repetidas luego por la ciudad, aumentaron la confusión y exageraron de tal modo las cosas, que el P. Polanco juzgó necesario enviar á España una verdadera y puntual relación del suceso, para que estuvieran prevenidos nuestros Padres contra las exageraciones que, sin duda, les llegarían de Roma. Vamos á copiar esta carta prudentísima de Polanco al P. Araoz:

(1) *Ibid.*, f. 421. Roma, 29 de Julio de 1564.

(2) *Ibid.*, f. 402. Al P. Araoz. Roma, 5 de Julio de 1564.

«Porque puede ser que vayan allá ciertos rumores que corren por acá, avisaré á V. R. de lo que pasa, para que pueda dar razón donde viese que conviene. El Cardenal Borromeo es persona de buena natura é inclinado al bien, y tratando familiarmente con algunos de los Nuestros, y demandando parecer en cosas que tocaban á descargar su conciencia y aprovecharse en su ánima, hánsele dado algunos recaudos conforme á la doctrina sólida de los doctores.

»El buen Cardenal también ha tratado con otros muchos, y á lo que parece por los efectos, más estrechos y rigurosos en darle parecer que nosotros, y ahora sea de esta causa, ahora de otra, como sea él de natura algo melancólica y retirada, parece ha dado en privarse de algunas recreaciones honestas, como tomar un poco de aire, y hacer ejercicio, y en estudiar mucho en ciertas academias que le ocupan harto tiempo que estaría, por ventura, mejor colocado en expedir los negocios que penden de él, como del ministro principal del Papa, y todo esto, en efecto, en contrario al parecer de nuestra casa. Pero algunas ruines lenguas dan la culpa de ello á los Nuestros, como gente que no sabe lo que pasa, y así parece lo han imprimido al Papa.

»Tratando también el Cardenal Borromeo de ir á residir á su Iglesia para algún tiempo, y de descargarse de algunos beneficios que se decía tenía demasiados, y de distribuir bien la renta de ellos, y de hacer limosnas largas de su renta eclesiástica, y de reformar su casa y mesa, y lo demás, hase levantado una polvareda grande contra nosotros, teniéndonos por autores. Y quién decía que nos daba seis mil ducados de renta para este colegio de Roma, quién diez mil ducados en dinero, quién nombrando una abadía, quién otra cosa, quién pensaba que había de entrar él mismo en la Compañía; que todo ello era falso, digo lo último de dar á nosotros, que ni se lo hemos pedido, ni él ofrecido, ni menos se ha hablado ni pensado en que él dejase su estado. Y en lo que toca á ciertas demostraciones exteriores, él ha pasado más adelante y más presto de lo que le hubiéramos aconsejado, si él demandara consejo; porque otras cosas importaban más que se hubieran de poner delante. Piensan los contemplativos, que algunos de los grandes que no holgaban con tal ejemplo, que en cierta manera les obligaba á ellos á seguirle, han movido á otros á que hablasen al Papa, dando la culpa de estas extremidades de su sobrino á la conversación con los Nuestros. *Ut cumque sit* [sea lo que fuere], el Papa envió á decir á nuestro Padre, que hasta que hablasen á él, se abstuviese de hablar á su Cardenal

Borromeo, así él como otro sacerdote de casa que tenía familiaridad con el dicho Cardenal. Y por estar nuestro Padre hasta ahora con la podagra en la cama, no ha podido hablar aún á Su Santidad; mas, como pueda, irá á le informar, y puédese esperar con apariencia harta que, si entiende la verdad de lo que hay el Papa, no solamente alce el entredicho de tratar con su sobrino, mas huelgue mucho de ello y lo pida. Es verdad que se tiene por difícil poder hablar cosa larga con Su Santidad, por su natura y poca salud. Veremos lo que pasará con él, y avisaremos. Lo que acá se entiende de muchos que suelen tener buen celo, es, que se edifican poco de la prohibición y discantan. Dios nuestro Señor á todos dé su espíritu. Amén (1).

8. Terrible era la cruz que Dios imponía entonces á nuestro P. General. El clero de Roma estaba fuertemente indignado contra la Compañía por la cuestión del seminario; el Papa, irritadísimo por lo que se decía de su sobrino San Carlos Borromeo, y á todo esto Laínez yacía en cama gravemente enfermo con la gota, sin poder hablar con Su Santidad ni tomar ningún medio para conjurar tan deshecha borrasca. Viéndose destituido de todo favor humano, volvióse nuestro General á Dios y mandó que en Roma ofreciese cada Padre diez misas y los Hermanos cierto número de oraciones, ayunos y disciplinas, para implorar la divina misericordia. Unos dos meses duró lo recio de la tormenta. Por fin, restablecido de su enfermedad el P. Laínez, pudo presentarse al Papa y explicarle con toda sinceridad y llaneza lo que los Nuestros habían hecho con el Cardenal Borromeo. Gracias á Dios, aplacóse Pío IV y reconoció la inocencia de la Compañía.

Pocos días después envió al Cardenal Savelli, á que en su nombre le declarase al P. Laínez, que estaba plenamente satisfecho de la Compañía, y que en prueba de sincero amor deseaba visitar la casa profesa y los colegios romano y germánico. Ejecutó esta obra de caridad el 31 de Julio. Al mismo tiempo, tornando á su idea de encomendar á la Compañía el seminario de Roma, avisó á nuestro

(1) *Ibid*, f. 386. Roma, 28 de Abril de 1564. Dos días después de esta carta escribía otra á Felipe II D. Luis de Requesens, desde Roma, en que le decía: «Ha mostrado el Papa grandísimo disgusto de que el Cardenal Borromeo haya reformado su mesa ó su casa y hecho otras demostraciones de recogimiento, diciendo que son teatineries y humor melancólico, y ha enviado á decir á los de la Compañía de Jesús y á otros religiosos, que los hará castigar si entran en casa del Cardenal.» Publicado por Döllinger, *Beiträge zur politischen kirchlichen und Kultur-Geschichte der sechs letzten Jahrhunderte*, t. I, p. 561.

Padre que se encargase de esta obra. Aceptó Laínez la carga, aunque con poca esperanza de salir adelante en la empresa (1).

Efectivamente, los enemigos de la Compañía, lejos de desanimarse con el favor que Pío IV dispensaba á los Nuestros, volvieron á la carga con nueva furia, y cierto Obispo, cuyo nombre y diócesis no expresan las cartas de entonces, poniéndose á la cabeza de aquel movimiento, escribió pasquines infames y algunos libelos calumniosos, que se difundieron, no sólo en Italia, sino más aún, en Alemania, donde los herejes solían propagar con mucha profusión todo lo escandaloso que sabían de Roma. Cuando entendió Pío IV tales desafueros, puso en la cárcel al Obispo (2), y deseando deshacer en lo posible el mal efecto producido por aquellas calumnias, expidió dos breves en loor y recomendación de la Compañía, uno dirigido á Maximiliano, Rey de Hungría y Emperador de Romanos, y otro al Arzobispo de Maguncia. Este favor fué tanto más de estimar, cuanto que los breves fueron despachados, como dice Polanco, «sin que hombre de nosotros interviniese y tratase de ello» (3).

Llegado el mes de Noviembre de 1564, y persistiendo el Sumo Pontífice en la idea de confiar á la Compañía la dirección del seminario, alquilaron nuestros Padres una casa que había pertenecido al Cardenal de Carpi, y empezaron á disponerla para el fin que pretendían (4); pero como no cesaba la oposición del clero, no se pasó adelante en esta obra, que debió ser definitivamente abandonada cuando el año siguiente murió Pío IV.

Estas luchas consumieron las últimas fuerzas que quedaban al ya enfermo y quebrantado P. Laínez. Quiso predicar en el adviento de 1564, pero al tercer sermón hubo de interrumpir su tarea y retirarse para cuidar de su salud. Hacíanse por él continuas oraciones en la Compañía, y, hablándole una vez San Francisco de Borja, le manifestó sinceramente el interés que por él tomaban todos sus hijos. A esto respondió el enfermo: «*Ut quid ego adhuc terram occupo?*» Estaba creído de que realmente ya no hacía sino estorbar en el mundo.

9. El 1.º de Enero de 1565, sintiéndose algo aliviado, bajó á comer con la comunidad, y pasó largo rato con ella en amable conversa-

(1) *Regest. Lainez Hisp.*, 1559-1564, f. 420.

(2) *Ibid.*, 1564-1566, f. 56.

(3) *Ibid.* Véase el texto de estos breves en Sacchini, *Hist. S. J.*, P. II, l. VIII, n. 34.

(4) *Regest. Lainez Hisp.*, 1564-1566, f. 36.

ción; pero pronto se agravó la dolencia, y se perdieron las esperanzas de vida. El 16 de Enero recibió el Viático con maravillosa devoción. Al día siguiente, viendo acercarse su fin, envió á Pío IV á pedirle su santa bendición y á encomendarle la Compañía. Todo lo concedió Su Santidad con mucho sentimiento y devoción. Después se administró al enfermo la Extremaunción, y los Padres Asistentes, con otros muchos de Roma, rodearon el lecho del moribundo. Éste les dió su bendición con muestras de ternísimo afecto. Poco después quedó inmóvil y como privado de todos los sentidos. Cuarenta y cuatro horas duró en este estado de insensibilidad, y al cabo de ellas suavemente expiró el 19 de Enero de 1565. Tenía entonces cincuenta y tres años no cumplidos de edad. No dejó nombrado Vicario, ó por humildad ó por imitar á San Ignacio. Murió en el mismo aposento donde había fallecido el santo.

«Hubo tanto sentimiento en Roma, dice Ribadeneira, que Cardenales y personas muy graves, que habían estado muchos años en ella, decían que nunca habían visto morir en Roma hombre con tan grande dolor y sentimiento universal de toda la corte, en la cual, así como fué en vida extraordinariamente amado y estimado, así su muerte causó extraordinaria ternura y dolor. Y el Cardenal Alejandrino, fraile de Santo Domingo, que después fué Papa y se llamó Pío V, cuando supo la muerte del P. Laínez, dijo que la Santa Sede Apostólica había perdido la mejor lanza que tenía para su defensa. Fué enterrado en nuestra iglesia de Roma, al lado de la epístola del altar mayor, y junto á su Padre y Maestro Ignacio, que estaba á la otra parte del evangelio» (1).

Dulce y santa memoria dejó en la Compañía el P. Diego Laínez. Era de carácter sencillo, ingenuo y algo vivo. Esta viveza le hizo prorumpir en tal cual *ex abrupto* inconsiderado, como el que dirigió á Melchor Cano en Trento; pero siempre satisfizo estos descuidos con actos de profunda humildad (2). Conservó toda su vida la flor de su virginidad, preservóse de algunos peligros en la juventud, y después, con la dirección de San Ignacio, practicó las más heroicas virtudes. Entre ellas llaman justamente la atención su mansedumbre y su humildad. Siendo San Francisco de Borja General de la Compañía, solía decir que envidiaba á sus dos predecesores dos cualidades: á San Ignacio, la prudencia, y á Laínez, la mansedumbre y dulzura de corazón.

(1) *Vida del P. Diego Lainez*, l. III, c. 17.

(2) Véase el t. I, l. II, c. 17.

La humildad de Laínez no necesita demostrarse, después del ejemplo sublime que dió de esta virtud cuando, reprendiéndole severamente Ignacio por unas faltas ligeras, pidió en penitencia, no sólo que le quitasen el oficio de Provincial, sino que le prohibiesen todo género de estudios. Era imposible imaginar un sacrificio más costoso y humillante para un superior y un letrado (1). ¡Qué hermosa campea la humildad de Laínez en todas sus cartas! Siendo tan admirables los frutos que recogía con su predicación, pues arrastraba en pos de sí ciudades enteras, siendo consultado por Cardenales, Obispos y altos señores, y finalmente, logrando tan universal aceptación en el concilio de Trento, no se encuentra en todas sus cartas ni una sola frase que indique complacencia vana ó asomos de soberbia por tan increíbles aplausos. Todo en ellas respira sinceridad, obediencia suma á San Ignacio, y cierto desprecio ó poco interés de la propia persona. Es enorme la diferencia con que hablan de los trabajos de Laínez los que le envían y el que los ejecuta. De su carácter é ingenio nos ha dado el P. Ribadeneira la siguiente descripción:

«Fué el P. Laínez pequeño de cuerpo, de color blanco, aunque un poco amortiguado, de alegre rostro, y con una modestia y apacible risa en la boca, la nariz larga y aguileña, los ojos grandes y vivos y muy claros. Fué de delicada complexión, aunque bien compuesto, y ancho de pecho y no menos de corazón. Fué desde muchacho quebrado, y después, siendo ya hombre, muy fatigado de la ijada y riñones, y algunas veces, aunque pocas, de gota. Su ingenio fué muy excelente, grande, agudo, profundo, vehemente, claro, firme y robusto. Entendía con tan gran presteza y claridad las cosas, que parecía que no usaba de discurso, sino que las comprendía con alguna ilustración divina y con simple aprehensión. Tenía una sed insaciable de leer; y así leía continuamente y pasaba libros, sacando y escribiendo en sus cartapacios de su mano lo que le parecía bueno de ellos. Estaba tan asido al estudio de las letras sagradas, que no se podía desasir de él sino con muy grande causa; y así, con esta inclinación y excelencia de ingenio que tenía, y con la continuación y conato que ponía, y con aquella luz soberana que le daba el Señor, vino á leer y á sumar y recopilar casi todos los autores de casi todas las facultades, y á ser tan eminente en todo género de letras, como fué, sin habérselo podido estorbar las muchas y muy graves ocupa-

(1) Vide *Cartas de San Ignacio*, t. III, p. 129. La respuesta de Laínez puede verse en Alcázar (*Cronohist. de la Prov. de Toledo*, t. I, p. 209).

ciones, tan contrarias al estudio, que tuvo toda su vida, sirviendo á la Iglesia y ayudando al bien común. Porque cierto, mirando los autores que leyó, y lo que supo, y las ocupaciones y trabajos que tuvo, andando tantos años en suma pobreza por hospitales, y no estando de asiento en un lugar, parece cosa increíble, si Dios nuestro Señor particularmente no le hubiera favorecido é infundídole gran parte de lo que sabía, para que con ello más le sirviese é ilustrase la Compañía. Y pasando en silencio otras cosas que en confirmación de esto se podrían escribir, basta decir, que estando en el colegio de Padua, y siendo rector y predicando y confesando, y atendiendo á otros negocios graves, le acontecía pasar un tomo de las obras del Tostado en muy pocos días, y hacer extracto de él con extrema exacción y diligencia; y que predicando y ayudando cada día de una cuaresma en Basan, pasó en ella todos los tomos de los concilios. Y este pasar y hacer extracto de los libros que leía, no era sin atención y consideración, antes me decía á mí el P. Mtro. Salmerón, que cuando leía y trasladaba lo que el P. Laínez había escrito y sacado de los libros, que muchas veces hallaba algunas palabras ó sentencias, que por no entender él á qué propósito las hubiese escrito, se lo preguntaba al mismo Padre, y que él respondía: Con esta sentencia y palabras se confuta la tal herejía, y se confirma lo que se determinó en tal concilio, y se responde á la tal objeción; y otros propósitos admirables que había tenido en escribirla, en los cuales el P. Salmerón no había caído. Siendo niño, tuvo gran deseo de alcanzar el don de la sabiduría; después, siendo mancebo, le pidió muy de veras á nuestro Señor, y siendo ya varón, le alcanzó de manera que ponía admiración á los hombres muy ingeniosos y letrados que le trataban» (1).

A estos datos que nos suministra Ribadeneira debemos añadir, para completar el retrato de Laínez, el concurso poderoso que prestó á San Ignacio en la fundación de la Compañía, y la prudencia con que la gobernó después del santo patriarca. Muchas veces solía éste consultar sus negocios y muchos puntos de las Constituciones con sus primeros compañeros; pero con ninguno lo hacía tan á menudo como con el P. Laínez. Éste era como el doctor habitual, á quien recurría San Ignacio en las dudas que se presentaban; aunque á veces no tanto acudía á él para resolver dificultades, cuanto para que Laínez explicase y defendiese con aparato científico lo que ya San Ignacio tenía resuelto por luz superior.

(1) *Vida del P. Laínez*, l. III, c. 16.

Si consideramos á Laínez como General de la Compañía, nos asombra la actividad que desplegó para desarrollar y extender la obra de Ignacio. Cuando se piensa en las gravísimas ocupaciones que le imponían los Papas; cuando le vemos viajar por Italia, Francia, Flandes y Alemania; cuando le contemplamos atareado como ninguno en el concilio de Trento, ocurre la idea de que no debía tener tiempo para pensar en el gobierno de la Compañía, sobre todo si recordamos la poca salud que gozó siempre. Y, sin embargo, no es así. Consultado el registro de las cartas dirigidas en su tiempo á todas las Provincias, nos cercioramos de que el gobierno de la Compañía marchaba con toda regularidad, dirigido en todos sus movimientos por la cabeza de Laínez. ¿Quiérese ver una muestra de la actividad de nuestro Padre en esta parte? Pues téngase presente que en los diez y seis meses que estuvo en Trento, desde Agosto de 1562 hasta Diciembre de 1563, despachó *dos mil trescientas setenta y nueve cartas*, cuyas minutas llenan dos buenos tomos en folio. Mucho le serviría, sin duda, en estas faenas el P. Polanco; pero con todo eso, siempre asombrará la capacidad vastísima de aquella cabeza, que gobernaba toda la Compañía al mismo tiempo que trabajaba en el concilio como el más activo de los Padres y el más consultado de los teólogos. Tal fué el hombre á quien Dios encomendó continuar la obra de Ignacio inmediatamente después del santo fundador.

LIBRO II

San Francisco de Borja.

CAPÍTULO PRIMERO

SEGUNDA CONGREGACIÓN GENERAL

1565

SUMARIO: 1. Reúnese la Congregación, y el 2 de Julio de 1565 es elegido General San Francisco de Borja.—2. Juicios de la corte de España sobre este hecho.—3. Nombramiento de Asistentes. El P. Araoz Asistente de España.—4. Suprime la Congregación los oficios de comisario y superintendente.—5. Otras determinaciones para el buen gobierno interior de la Compañía.—6. Resuelve la Congregación moderar la multitud de colegios y aplicarse á fundar bien los ya establecidos.—7. Diligencias que se hacen para llevar á Roma al P. Araoz.—8. Interpónese Rui Gómez de Silva y consigue primero una dilación.—9. Nuevos esfuerzos de San Francisco de Borja para llevar á Roma al P. Araoz cuando murió Pío IV. Inutilizase todo por la intervención de Felipe II, quien exige absolutamente que se quede en España el P. Araoz.

FUENTES CONTEMPORÁNEAS: 1. *Institutum Soc. Jesu.*—2. *Regestum Borgiae.*—3. *Acta Congregationum Generalium.*—4. *Epistolae Hispaniae.*—5. *Epistolae Salmeronis.*—6. Ribadeneira, *Vida del P. Diego Laínez.*—7. *Idem, Vida de San Francisco de Borja.*—8. *Idem, Historia de la Asistencia de España.*

1. Cuenta Ribadeneira (1), que estando en su lecho de muerte el P. Laínez, enclavó los ojos en San Francisco de Borja y le miró con un semblante tan atento y amoroso, que se reparó en ello y se tomó por indicio de que pronosticaba al santo que había de sucederle en el cargo. Así sucedió efectivamente. Por de pronto, los Padres reunidos en Roma, luego que murió Laínez, nombraron al P. Francisco Vicario general, y éste convocó la Congregación para el mes de Junio. Á los dos días de morir Laínez, escribió el P. Polanco al

(1) *Vida del P. Diego Laínez*, l. III, c. 14.